

otros autores que en conciencia valian mas que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela á cuya cátedra no he tenido intento de subir jamas: una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona á mis errores y extravagancias, y que pone mis versos á cuestion de tormento para prohibirlos, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía á alguna feliz combinacion de palabras, ó destruyendo la solidez de construccion, que logro dar alguna vez á pocos de los muchos que he producido; pero sin que con estas correcciones suyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precision. Lo mismo sucede á los demas escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputacion que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparicion en la escena literaria; pero mis prosélitos son intolerables, y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir á la perdicion de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) á la perdicion de sus genios, he determinado variar de rumbo y dedicarme á la poesía sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán á la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario; y al menos sus versos, si los escriben con fé sincera, serán atendidos en el cielo, aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraiso despues de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien, puesto que, dando á mi escuela direccion tan santa, mis disci-

pulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y esta es otra razon de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta esplicacion á los que tienen *fé literaria*.

En cuanto al mérito ó importancia que pueda yo atribuir á esta obra mia, poco tengo que decir: los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos. *Maria* es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como á sus demas obras: el cristiano la tiene en tanto como á su salvacion.

Mi corona poética de la Virgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretension de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de *MARIA*, que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro á pasar por erudito á los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra, son conocidos de todo el mundo; y la vida de la Virgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en esplicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, é insuficiente de todo punto para llevar á cabo el divino pensamiento del libro de *Maria*, declaro que le someto sin restriccion al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra á estampar en el contesto de mi obra alguna proposicion, alguna idea ó alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas, y que quiero se las considere como no proferidas.

JOSE ZORRILLA.

Madrid, 1º de Enero de 1849.

INTRODUCCION.

Voy á contaros la divina historia
De una mujer á quien el alma mia
Adora, y de quien son nombre y memoria,
Objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
No se aparta de mí noche ni dia
Su casta imágen: mi pasion, mi dueño,
Con ella vivo, con su imágen sueño.

Templo es mi corazon en donde mora:
La conocí y la amé desde tan niño,
Que de mi infancia dividí la aurora
Entre mi madre y ella mi cariño.
Su imágen tuve en mi primera hora
En frente de mi cuna: el desaliño
Del lecho maternal me la dejaba
Ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
Aprendió á balbucear; nombre tan suave,
Que se le hiciera, al compararle, agravio,
Al son de la agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del Universo sabio,
Otro mas dulce componer no sabe;
Porque es su nombre bálsamo que calma
El mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura,
Percibiendo la luz del nuevo dia:
Vaga en las nieblas de la noche oscura:
Reposa en un rincon del alma mia.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
Le bendigo en mis horas de alegría;
Tres veces cada sol, mi fé cristiana
Le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano,
Satán, huyendo amedrentado, ruge,
Y el alma suelta que apresó su mano;
El mar se duerme, que soberbio muge;
Tórnase el huracan aire liviano,
Espira el trueno, que rodando cruje,
Se disipa en la atmósfera la peste,
Y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
Sabe ya que le adoro: yo le he escrito
Mil veces en mis versos, y le quiero
Escribir otras mil. Nombre bendito,
Luz de mi fé, de mi placer venero,
Quiero que halle en mi voz eco infinito,
Quiero que dure mas que mi memoria,
Quiero que alumbré mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
Para que el polvo de mi ser reciba,
Sobre la piedra funeral se grave;
Quiero que el dedo del amor le escriba
Sobre mi corazon, para que lave
Con su pureza mi maldad nativa,
Porque la tierra á su vital contacto,
Deje por él mi corazon intacto.

Y quiero, al dulce son del arpa mia,
Celebrar á la faz del universo,
De este nombre la santa poesía,
Con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonía
De este glorioso nombre; que disperso
Por sus espacios mi cantar resuene,
Y que su nombre el universo llene.

Azucenas de Abril, dad á mi aliento,
Al pronunciar su nombre, vuestro aroma;
Auras de la arboleda, el suave acento
Dadme del ruiseñor y la paloma,
En palabra al tornar mi pensamiento;
Plantas donde su miel la abeja toma,
Dadme de vuestros jugos la dulzura,
Al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad á su nombre, terrenales
Cantares y profanas relaciones;
Desvaneceros, vientos mundanales
Que embraceis el mar de las pasiones;
Venid á oírme, y preparad, mortales,
A la luz y al placer los corazones,
Porque en verdad os digo que es su historia
Mas grata que los himnos de la gloria.

Venid á mí, los que creéis que existe
Otro mundo mejor que nuestro mundo;
Venid, los que buscáis la sombra triste
Del solitario altar, en lo profundo
Del templo abandonado, que resiste
Al vendabal del siglo furibundo;
Venid, y os bañareis en la ambrosía
Del dulcísimo nombre de MARIA.

MARIA, emanacion del puro aliento
Del infinito Creador; MARIA,
Augusta emperatriz del firmamento,
Gozo del triste, del perdido guía,
Madre buena del huérfano, alimento
Del alma casta, luz que en la agonía
Mas allá del sepulcro, en lontananza
Alumbra la region de la esperanza.

MARIA, arca sellada, guardadora
Del tesoro inmortal de la clemencia
De Dios; ser de su ser, fé del que ora,
Santuario del pudor, de la inocencia
Pabellon perfumado, sombreadora
Palma triunfal del Gólgota, escelencia
De los mundos creados, poesía
Del paraiso, y germen de la mia.

Tal es el nombre y la mujer que canto,
Tal es el nombre y la mujer que adoro,
Yo me prosterno ante su nombre santo,
Y á la señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo á tanto,
Que nada soy para quien es no ignoro:
Mas me infundió mi madre su cariño,
Y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh reina del zenit resplandeciente!
Voy á ser el cantor de tu existencia.
Mas tus ojos alumbran el Oriente,
Los astros, de placer á tu presencia
Tiemblan, corona el sol tu régia frente,
Calza tus piés la luna, tu escelencia
No alcanza á comprender la criatura...
¿Qué ha de decir de tí mi lengua impura?

Tú, empero, inspiracion vendrás á darme
Para hablar de tu gloria soberana:
Tú me darás vigor, para elevarme
Sobre el turbion de la impiedad mundana;
Tú vendrás con tu manto á cobijarme,
Cuando al morir me déa tumba cristiana,
Y yo á tus piés invocaré tu nombre,
Libre al partir de la mansion del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fé en que vivo,
Y Dios, mi fé para cantar, me ha dado
Gigante voz y corazon altivo:
El siglo, pues, me escuchará asombrado
Cantar la fé de mi país nativo,
Tal vez por su tormenta arrebatado,
Mas de la fé de mis creencias lleno,
Con firme voz y corazon sereno.

PRIMERA PARTE.

En el nombre de Dios, á cuyo acento
Brotó obediente cuanto alumbra el dia,
Y cuanto mas allá del firmamento
Ecsiste, ser formando en la ambrosía
De su divino creador aliento,
Empiezo aquí la historia de MARIA.
¡Ojalá que la fé de mi palabra
Vuestra alma alumbre y el Eden os abra!

Dulce Señora, celestial MARIA,
Tu nombre purifica cuanto toca:
Tu nombre al pronunciar la lengua mia,
Haz que sean, amor mi poesía,
Fuego mi corazon, oro mi boca.

LIBRO PRIMERO.

NAZARET.

Señor de Roma Augusto, y de Judea
Herodes, extranjero cuya cuna
Sombreadaron los cedros de Idumea,
Gemia lamentando su fortuna
En vil esclavitud la raza hebrea.

Escrito estaba. Sus postreros dias
De libertad y gloria señalaron
Las antiguas y santas profecías,
Y sus dias á término llegaron,
Comenzando á brillar los del Mesías.

El universo ante el poder romano
Se humillaba vencido, y de su mano
Recibía en silencio nombre, leyes,
Ritos, tributos, términos y reyes,
Sujeto á su capricho soberano.

Jerusalen, la reina, que ostentaba
Coronada la frente en algun dia,
Y señora de reyes se llamaba,
Sobre su frente impreso como esclava
El sello real de su señor tenia.

Decoraban las águilas romanas
Sus puertas, defendidas por soldados
Estranjeros; corria en sus mercados
La moneda del César, y cuán vanas
Lágrimas de sus ojos desdichados!

El oro de sus ricos mercaderes
Iba á Roma con nombre de tributo,
Para pagar del César los placeres;
Y daban, de su amor al dar un fruto,
Un soldado romano las mujeres.

Mas esperaba en el silencio un dia
De regeneracion la raza hebrea:

Esperaba aquel sol que la traeria
Un rey que su poder la volveria,
Un rey libertador de la Judea.

¡Miserio pueblo de Judá! esperaba
Un rey, que al son de la broncínea trompa,
A Roma hiciera de Salen esclava,
Y al prometido rey imaginaba
Del triunfo ver en la sangrienta pompa.

¡Miserio pueblo de Judá!—delante
De tí tuvistes á tu rey: le vistes
Ir entre palmas á Salen triunfante,
Y ¡oh multitud imbécil! tú ignorante,
Al rey libertador no conocistes.

¡Miserio pueblo de Judá! en tus ojos
Tu avaricia febril puso una venda,
Y Dios te ha condenado en sus enojos,
A vender de tu herencia los despojos,
De lugar en lugar, de tienda en tienda.

Por entonces, de un valle en la angostura,
Entre el monte Tabor y el del Carmelo,
Yacia Nazaret, aldea oscura
Por un arroyo hendida, que frescura,
Sombra y fertilidad daba á su suelo.

Sus remansos, ceñidos de espadañas,
Umbrosos sauces y sonoras cañas,
Eran abrevaderos de palomas;
Y huertos mil ornaban sus montañas,
De uvas cargados y fragantes pomas.

Canastillo aromático de flores
Asemejaba la escondida aldea,
Guardada entre dos cerros protectores;
Y olvidada tal vez de sus señores,
Era la mas feliz de la Judea.

Y he aquí que en el retiro de esta villa
Habitaba un varon justo y prudente,
Partiendo su existencia sin mancilla
Con una esposa que, como él sencilla,
Era para con él fiel y obediente.

Entrambos eran de virtud modelo:
La dulce paz de su modesta casa,
Imágen era de la paz del cielo:
Su fé era pura, sin ficcion su celo
Por la virtud, su caridad sin tasa.

De envidia esentos, de ambicion y encono,
La oracion de sus almas ascendia
Libre, de Dios hasta el escelso trono;
Y Dios, al aceptarla, bendecia
Su secreto dolor y su abandono.

Su secreto dolor: porque en la tierra,
¿Qué corazon no amarga algun secreto?
¿Qué espíritu un pesar en sí no encierra?
Ninguno: al pecho del mortal se aferra
El dolor al nacer, y á él va sujeto.

Aquel varon justísimo, intachable,
Aquella esposa púdica, sencilla,
Su morada pacífica, envidiable,
Cual raza vil, cual antro abominable,
Mirados eran en su propia villa.

Nadie á Joaquin con su amistad brindaba;
Nadie á su esposa Ana por ejemplo
Proponia á sus hijas, ni trataba
Con las mujeres ella, ni pasaba
Del pórtico exterior cuando iba al templo.

Su ardiente fé, su caridad sincera,
Su honda piedad por el Señor bendita,
Una existencia de virtud entera,
Infamante padron en ellos era,
Cual si les diera ser casta precita.

Y eran, no obstante, los que en tal bajeza
Y en abandono tal se contemplaban,
Oriundos de tal raza, y de nobleza
Tal, que los primogénitos llevaban
De su casa, corona en la cabeza.

Vástagos eran cuya raza pura
Del régio trono de David manaba,
Aquellos, que vertian en la oscura
Soledad, por sus ojos, la amargura
De la hiel que en sus almas fermentaba.

Ana era estéril; de su sangre fria,
De su inútil amor, no naceria
El rey libertador de la Judea;
Esa es la hiel mortal que su alma cria;
Ese el baldon que su virtud afea.

Por eso lloran, de vergüenza llenos,
La pena infame, de la culpa ajenos,
En su mansion oscura y solitaria
Ana y Joaquin; mas nunca de los buenos
Desoye Dios el llanto y la plegaria.

Dios es justo. Dios ama á los que lloran
Resignados el mal que les envia;
Dios escucha benigno á los que oran
Con fé leal, y á los que á Dios adoran,
No les olvida Dios un solo dia.

LIBRO SEGUNDO.

LA PURISIMA CONCEPCION DE MARIA.

(8 de Diciembre.)

Es alta noche. En el valle
Donde oculta se guarece,
Y en que eterna prevalece
Juventud primaveral,
Nazaret, entre los huertos

Donde su ambiente se aroma,
Duerme como una paloma
Que se anida en un rosál.

Lámpara de eterna vida,
La luna brilla en el cielo,
Derramando sobre el suelo
Argentino resplandor;
Y de su Dios en los brazos,
A su luz tibia, reposa
La tierra, como una esposa
En los brazos de su amer.

¡Paz nocturna, puro cielo,
Pabellon de astros bordado!
Dios os tiende como un velo
De la tierra en derredor;
Y detras del cortinaje
De esa tienda de reposo,
Como padre cuidadoso
Vela al mundo el Criador.

¡Noche azul! ¡quién á mirarte
Levantar puede sus ojos,
Sin caer, ciego, de hinojos
A los piés de Jehová?
Tus estrellas son las lámparas
Con que alumbraba su santuario,
Y el espacio solitario,
De su esencia lleno está.

Todo yace en el silencio
De la noche sumergido:
Calla el aire adormecido
Bajo el césped; el rumor
De las inmóviles hojas
Yace mudo, y solamente
Se oye del agua corriente
El son adormecedor.

En esta calma solemne,
De vida y de movimiento
Exhausta, que ni el lamento
Interrumpe mas fugaz,
Con dulce sueño que aduerme
Los pesares en su pecho,
Ana y Joaquin en su lecho
Reposan tambien en paz.

Castos, fieles, cariñosos.
Veinte años ha que le parten
Como ejemplares esposos,
En salud y enfermedad.
Veinte años ha que dividen
El lecho nupcial, y veinte
Que vela constantemente
Sobre él la esterilidad.

Veinte años ha que al dormirse,
Demandan orando al cielo,
Alivio en el desconsuelo
De su soledad sin fin;
Y veinte años ha que solos,

Al reposo al entregarse
Y á la luz al despertarse,
Se encuentran Ana y Joaquin.

Y veinte años atestiguan
Con bien claro testimonio,
Que su infausto matrimonio
Bendecir no plugo á Dios;
Y se duermen bajo el peso
Del baldon que les alcanza,
Entrambos sin esperanza,
Mas resignados los dos.

¡Miseros juicios del hombre,
Que en el error siempre vive,
Y los juicios que concibe,
Siempre falsos ve salir!
¡Ay! ¡en su ciega ignorancia,
De sí mismo nada sabe!
Solo Dios tiene la llave
De su oscuro porvenir.

He aquí que mientras en sueño
Sumergido yace el mundo,
En el silencio profundo
De aquella nocturna paz,
Con vuelo apacible y lento
Que movió apenas el viento,
Cruzó la atmósfera límpida
Un espíritu fugaz.

Su vuelo en el aire diáfano
Dejó de una luz de rosa
Una huella luminosa
Que al ambiente esclareció;
Y que cual brillo fosfórico
De exhalacion de verano,
Sumido en el aire vano
Al punto se disipó.

Era el ángel misterioso
Del sueño: al rumor sonoro
De sus alas, los de oro,
Los de hierro hace brotar.
Dios á la tierra le envia
Con los tristes ó halagüeños,
Cuando Dios quiere en los sueños
Sus misterios revelar.

Es el ser mas vaporoso,
Mas vago, mas indeciso
Que nació en el paraiso:
Su ser, su forma y color
Son tan indeterminados,
Que Dios solo les percibe,
Y es el ser que de El recibe
Ser de sombra, de vapor.

De los ámbitos celestes
En un apartado espacio,
Mora este ángel un palacio
Que no visitan jamas
Ni los justos, ni los ángeles,

Porque su atmósfera espesa,
Sobre las potencias pesa
Y las embarga quizás.

En este alcázar fantástico,
Donde solo este ángel vive,
Nunca ruido se percibe,
Ni una voz, ni un eco en él.
Unos bosques ondulantes
Le circuyen en contorno,
Y á su parque presta adorno
Un quimérico vergel.

Los espíritus mas bellos,
Las imágenes mas puras
De los gozos y venturas,
De la gloria y del placer,
Atraviesan silenciosas
Estos bosques y jardines,
Y una vez por sus confines
Se las logra solo ver.

Las que pasan nunca tornan:
De una vez se desvanecen,
Y ningunas se parecen,
Aunque hermanas todas son;
Y si mas tenaz alguna
Otra vez cruza ó asoma,
Un contorno nuevo toma,
Y otra faz, y otra expresion.

Mas tal vez en lugar de estos
Espíritus deleitosos,
Mil espectros temerosos,
Tristes sombras mil y mil
Pueblan estos densos bosques,
Y al impulso de un encanto
Misterioso, dan espanto
Al valor mas varonil.

Pero todos estos seres
Que devoran en silencio
El dolor ó los placeres
De esta incógnita region,
Y el alcázar y las selvas
En que mora eternamente
Este ángel, de la mente
Son ficciones, sueños son.

De las plumas de sus alas,
Estos sueños guarecidos
Con él van, y repartidos
A su antojo son por él:
Y al pasar sobre la tierra
Donde ejerce su destino,
Va dejando en su camino
A este el dulce, el triste á aquel.

Sin ser nunca percibido,
Se introduce donde quiera,
Y en silencio se apodera
De la vida universal;
Cuanto en agua, tierra, fuego

Y aire existe, le obedece:
Todo al soplo se adormece
De su hálito letal.

Y la fiera como el ave,
El reptil como el gusano,
A su influjo soberano
Caen rendidos sin vigor:
De él se exhalan contagiosos
Los miasmas del beleño,
Y á su voz ceden al sueño,
Desde el hombre hasta la flor.

Silenciosa, lentamente,
Este espíritu invisible
Cernió su vuelo apacible
Sobre el ameno confin
De Nazaret un momento,
Y batiéndole sin ruido,
Se perdió desvanecido
Sobre el techo de Joaquin.

A no pesar sobre el mundo
La letárgica influencia
De su mágica presencia
Y de su poder letal,
Comprendiera, de pavora
Y de respeto temblando,
Que se estaba allí efectuando
Un misterio celestial.

Un globo de luz, que fúlgido
Todo el valle iluminaba,
El contorno circundaba
De la casa de Joaquin:
Y un aroma desprendido
De sus muros se estendia,
Como darle no podia
Babilónico jardín.

Un murmullo soñoliento,
Tan armónico y tan suave,
Como solo en voces cabe
De concierto celestial,
Resonaba en todo el valle,
Y su místico sonido,
No cabia en el oido
De ningun débil mortal.

Aquel globo refulgente,
Cuya esencia creadora,
Cuya roja luz viviente
Su morada circundó,
Del contacto corrompido
De la torpe raza humana,
A Joaquin un punto y á Ana
Misterioso separó.

¡Quién rasgar pudiera el velo
De su ardiente cortinaje,
Y el angélico mensaje
Comprender de Jehová?
Nadie: nunca; su palabra,

Manantial de fé y de vida,
Por el ser solo es oida
A quien dicha por él va.

Del celeste mensajero,
Los contornos vaporosos
Solo vieron los esposos
En un sueño celestial,
Y ellos solo percibieron
Su presencia vagarosa,
A la luz de oro y de rosa
De su aureola inmortal.

Dirigida al ser de entrambos,
En su oído solamente
Resonó la voz viviente
De su mística vision;
Y sus ánimas tan solo
De su místico message
Comprendieron el language,
Y el valor de tal mision.

"Alegraos! dijo el ángel
A los cándidos esposos.
¡Alegraos, que dichosos
Vuestros días lucirán!
¡Ana, alégrate! Una hija
Tu infecundo seno encierra,
Que á reinar va en cielo y tierra
Bajo el nombre de Mariam (1).

Ana estéril, de mi aliento
Tu fecundo ser recibe:
¡Regocíjate, y concibe
A la voz de Jehová!
De la hija que te nazca
En el tálamo fecundo,
Nacerá, Señor del mundo,
El monarca de Judá."

Dijo el ángel, y á su soplo,
Fecundado de Ana el seno
Concibió, del gérmen lleno
De la esencia de Mariam.
Tornó el vuelo á alzar el ángel,
Y con santo regocijo
Sonriendo, le bendijo
En su tumba el viejo Adan.

LA NATIVIDAD.

(8 de Setiembre).

Y con el nuevo sol se levantaron
Los que la voz de Dios soñando oyeron,
Y ante la faz de Dios se prosternaron
Los que en su gran poder su fé pusieron;
Y Ana y Joaquin ante su Dios oraron,

(1) *Mariam*, en siriaco, dama, señora, soberana; y en hebreo, estrella del mar.

Cuando tan altos ante Dios se vieron;
Y la mujer, hablando en su alegría
Con Dios y con el mundo, así decia:

"Oídme: cantaré las alabanzas
Del Dios de mis mayores;
Del que apartó de mí las asechanzas
De mis perseguidores.

El descendió desde su inmensa altura
Hasta su humilde esclava,
E hizo de mí apartarse con pavura
La muchedumbre prava.

Para que confundiera su malicia,
Me dió su omnipotencia
Fruto de bendicion y de justicia,
Fecundo en su presencia.

¡Quién á los hijos de Ruben ahora
Dirá que madre es Ana?
¡Cuya será la voz propaladora
Del triunfo de la anciana?

¡Oid, vírgenes, madres y varones
Del pueblo preferido!
¡Oid, extrañas gentes y naciones!
¡La anciana ha concebido!

Venid á ver la milagrosa infanta,
La flor de las doncellas.
Venid á ver la reina cuya planta
Camina sobre estrellas.

¡Quién como yo, Señor, tus santos nombres
Numerará prolijos?
Adorados serán por las naciones
Los nombres de mis hijos.

Así decia la feliz esposa,
Fecunda por la gracia soberana:
Y así avanzaba la preñez dichosa
De la escogida entre las madres. Ana.

Y á su término así, día por día
Conducida por Dios, llegó la hora
En que á la luz mortal nació MARIA,
A ser del mundo universal Señora.

¡Oh misterio entre todos inefable
¡Oh favor sobre todos excelente!
¡Oh beneficio inmenso, inestimable,
De la bondad de Dios Omnipotente.
Regocíjate, ¡oh siervo miserable
Del pecado y la muerte! ya el oriente
Alumbra de tus días una aurora
De libertad y gracia precursora.

Aquella de los mundos maravilla,
Angel bajo de humanas vestiduras,
Flor de pureza, vírgen sin mancha,
Divina entre terrestres criaturas,
Belleza que ante Dios ufana brilla

Sobre cuantas celestes hermosuras
Creó, y de cuya espléndida persona
Son la luna escabel y el sol corona,

Nació de Ana la estéril; mas nacia
De este mundo al dolor y á la pobreza,
Sin la pompa, el aplauso y la alegría
Con que ensalza su mísera grandeza
El orgullo mortal, porque venia
A quebrantar la bárbara cabeza
De la orgullosa sierpe, con la planta
De su casta humildad, de su fé santa.

Nació, como el divino mensajero
De Jehová se lo anunció á la esposa,
La divina Miriam, y el mundo entero
La saludó al nacer, reina gloriosa;
Y en el instante de su ser primero,
Ante su aparicion maravillosa,
La eternidad y el tiempo se pararon
Y en muda admiracion la contemplaron.

Una escala de luz que desde el cielo
Bajó hasta Nazaret, abrió camino
Desde la gloria hasta el oscuro suelo
A la corte inmortal del rey divino.
De adorar á su reina, con anhelo
Todo celeste ser por ella vino,
Y ante Miriam se prosternó un momento
La escelsa poblacion del firmamento.

La tierra ante su reina, de alegría
Saltó como un cordero: la pureza
De su aliento, que aromas esparcía,
La rejuveneció, y su gentileza
Recobrando total con su alegría
Nuestra madre comun naturaleza,
De sus bosques, sus ecos y sus mares
La arrulló con murmullos y cantares.

Suspiró con suavísima dulzura
El aura matinal: de frescas flores
Se cubrió de los montes la espesura
Y el desierto erial: los ruiseñores,
Las palomas y tórtolas, la pura
Atmósfera encantaron, y en primores
Competiendo, ostentóse por do quiera
Del otoño á la par la primavera.

Ebrio de gozo, el universo entero
Bebió el aliento de Miriam hermosa,
En el instante de su ser primero
Su presencia al sentir maravillosa.
El solo ser por quien nacia empero,
Solo el hombre ignoró su misteriosa
Aparicion, y reales ovaciones
No hicieron á su reina las naciones.

¡Ay! los hijos de Adan, que la veian
Nacer de labradores sin fortuna,
La madre de su rey no comprendian
Naciendo en la humildad sin pompa alguna,
Porque colchas de Egipto no cubrian

El puro lecho de su humilde cuna,
Ni estaba de oro y nácar incrustada,
Ni con ricos aromas perfumada.

No artífices famosos la labraron
Con maderas preciosas que pulieron;
Con mimbres, que en su huerto se cortaron,
Las manos de sus padres se la hicieron:
Con flores, que en su huerto se criaron,
Pabellon campesino la tejieron,
Y en la triste region de los dolores,
Coronada no mas entró de flores.

Mística flor de celestial frescura
Sembrada en el desierto de la vida,
Se abrió de su arenal al aura impura,
Como silvestre flor desconocida.
Toscos pañales de grosera hechura
Ciñeron á la real reciennacida,
De cuyo seno virginal, fecundo,
Nacer debía el Redentor del mundo.

Flor pura y bella, mas que cuantas flores
Pueden crear jardines terrenales,
Sus hojas desplegar, dar sus olores
Debía entre los duelos mundanales;
Por eso, de sencillos labradores
Naciendo, de sus labios virginales
Las primeras palabras que salieron,
Para los pobres é ignorantes fueron.

Los de su pueblo rústico, no vian
Sino una esclava mas que Dios enviaba
Entre ellos, y sus hembras se afligian
Por el destino de la nueva esclava.
Ana y Joaquin empero, que sabian
El inmenso tesoro que fiaba
A su cuidado paternal el cielo,
Su flor cuidaban con paterno celo.

Ellos solos la mística fragancia
Gozaban de su célica presencia:
Ellos solos sabian que su infancia
Alcanzaba perfecta inteligencia.
Dios derramó sobre ella la abundancia
De sus gracias sin fin, y su existencia
Ni pasó por la infancia, ni doctrina
Necesitó: nació sabia, divina.

Como de culpa original esenta,
Su alma de la ignorancia del pecado
Fué libre, y fué sin enseñanza lenta
Su entendimiento puro iluminado.
Celeste emperatriz, Dios tuvo en cuenta
El trono á que la habia destinado,
Y atendiendo á su escelsa gerarquía,
Dios la llamó Miriam, Judá MARIA.

Iris de paz, de dicha mensajera,
Sello entre Dios y el hombre de alianza,
Fanal que alumbra su vital carrera,
Lucero anunciador de la bonanza,
Fuente de amor y caridad sincera